

nos. Aquí
uerto.
antarse al
vestiduras
hables 4
ble. Jua-
de aque-
segundo
en con el
berdonas?
mente,
nocturno
buida.
Y l
ces aque-
ya muy
to como
Y Y ven-
Y estaré
iré luego
is. Y las
bendita
a, los li-
us almas
esto casto
la Cía

ADMINISTRADOR
ENRIQUE GOMEZ DEL MORAL

SUSCRIPCION:
Madrid, 1,25 pesetas trimestre
En provincias, 1,50 ídem id.
Un semestre, 3,00 pesetas.
Un año, 5.
Trimestre..... 2,25
Semestre..... 4,50
Año..... 9
Extanjero.....
LOS GIROS A CARGO DEL SUSCRIPTOR
PAGOS ADELANTADOS

A los vendedores, 25 ejemplares, 2,50 con devolución.

Número suelto: 15 cénts.

ANO I «Solo se abonarán los artículos y fotografías que espontáneamente se nos manden y publiquen cuando los remitentes expresen que desean cobrar los trabajos que nos envían.»

El Tratado Franco-Alemán.

Parce evidente, á juzgar por las noticias de la Prensa francesa y de la alemana, que los Gobiernos de París y Berlín han llegado á ponerse de acuerdo respecto del protectorado que Francia pretende ejercer en Marruecos, y resta ahora solucionar el espinoso pleito de las compensaciones. Es decir que, en buen romance, la venta está decidida, y sólo resta determinar y precisar el precio.
Examinando fríamente este asunto, que no mataz con grates colores el albor de siglo xx, no hay razón bastante hasta ahora para que los franceses den rienda suelta al júbilo, ya que aún no se ha acordado más que la mitad del camino y hoy que far á las esperanzas las resoluciones definitivas.
¿Que ha concedido Alemania á Francia? Nadie lo sabe, puesto que ambos Gobiernos guardan una reserva plausible, dado el estado actual de las negociaciones; pero lo que sí está averiguado es que Kiderlen pide en el Congo más de lo que Seles quiere dar, y que la opinión francesa comienza á protestar contra toda cesión de territorio, protesta que ha alcanzado su importancia suprema y su gravedad máxima en el reciente Congreso de Nimes, en el cual los partidos radicales y radicales socialistas, que constituyen la mayoría en el Congreso, y como, con arreglo al art. 8.º de la Constitución francesa de 1875, toda cesión de territorio ha de ser objeto de una ley, resultó que, si por acaso, los congresistas de Nimes mantienen su acuerdo, todo quedará como estaba el día que el Panther apareció ante Agadir.
No soy de los que fían en la energía y la perseverancia de los parlamentarios franceses, sobre todo después de haberles advertido la Prensa inglesa que si vuelven la espalda á lo que en principio acordó el Gabinete de París, no esperen un nuevo discurso de Lloyd George.

Comprendo perfectamente que, percatados los políticos franceses de lo que van a comprar se diría y movida como las arenas del desierto, hallen excesos en el precio que se les pide, pero como en este negocio, exclusivamente materialista, entra por mucho la vanidad, tanto por el fin y el fin y el fin, el Congo quedará partido en dos, á pesar de las protestas de la ciudad de Brazza y de las razones poderosas de Hanotiau.

Dijo en uno de mis artículos anteriores que Alemania había ido á Agadir con el firme propósito de ganar, y bien puede afirmarse que lo logró, si el tratado se termina, aunque proteste alada 1.ª Prensa prusiana. No es preciso, para asentar esta afirmación, conocer los términos del convenio; basta con conocer el imperio marroquí.

El derrotero de Agadir ataca lo mismo á los individuos que á las naciones, y es igualmente nocivo para aquellos que éstas. Francia no logrará ni siquiera suavizar sus ásperas relaciones con el imperio germánico, y la última prueba de esta verdad se encuentra en las manifestaciones de la Wilhelmstrasse ante el conflicto italo-turco, que puede plantear el gravísimo problema de Oriente y que atribuyen los gobernantes de Berlín á la imprudente expedición á Fes, que desgraciado del todo el día, ya no le sobra con extenderse un tanto por las fronteras de su colonia argelina; pero aceptar ante Europa las responsabilidades que el protectorado arroja sobre ella es, á juicio mío, la más peligrosa de las tentativas; que Marruecos no es Túnez ni es Argelia, y si en Argelia aún no está solidamente afirmada la ocupación, qué acontecerá en el Magreb, reputado por todos como inconquistable.

En las apariencias se ven cumplidas las ambiciones de Delcassé; pero en las realidades... Algunos órganos de la Prensa francesa llaman al actual Ministerio de Marruecos el hombre fatal, y aunque no puede negarse á Delcassé la gloria que le cabe por haber roto el aislamiento en que dejaron á Francia las desgracias de 1870 y los manejos del Canciller de hierro, acaso la dura calificación, innecesaria al mirando al pasado, se justifique ante lo porvenir.

Francia podrá mostrarse satisfecha ante el nudo de espinas que su cariñoso amigo del Este le concede; pero para egular el ritmo del Estado tendrá que volver la espalda á la Alsacia y á la Lorena, trocando así una ilusión patriótica, y como todas las ilusiones bellas por una realidad oscura y sombría.

Si, mudo á decirlo, lo que no creo, los parlamentarios franceses hicieran frasar el tratado franco-alemán, tengo por cierto que prestarían á su país el mayor de los servicios. Si yo fuera francés pediría al Cielo que radicales y radicales socialistas persistieran en su empeño, porque en esta aventura, como en tantas otras, la Wilhelmstrasse se da á alzar triunfadora sobre el Quai d'Orsay. Ya que reputo absolutamente imposible que lo concertado entre Kiderlen y Cambon sea lo que, en breves días, se consignó en el artículo anterior, fomentado de los periódicos más autorizados de París.

Me sea de ello lo que quiera, dando por terminado el convenio y por indudable el triunfo de la diplomacia francesa, lo que no se me alcanza, lo que no entiendo, es eso que viene hacia dos rodando por los periódicos respecto á nuevas negociaciones franco-españolas, como obligada consecuencia de las negociaciones franco-alemanas.

Toda negociación nueva entraña la rectificación, en bien ó en mal, de lo establecido y con anterioridad concertado. Por qué razón, en virtud de qué principio, pueden sentirse afectados nuestros tratados de 1904 y 1905 por el de Alemania y Francia de 1911, si llega á tener efecto?

Nuestros derechos, nuestros intereses en el Imperio marroquí, están solemnemente reconocidos por todas las Potencias.

En el Acta de Algeiras (permítaseme que hable de lo muerto) se reconoce implícitamente la vigencia de los tratados anteriores existentes entre las naciones signatarias, y si en 6 de Octubre de 1904 Francia y España se pusieron de acuerdo respecto á la extensión y el carácter de sus intereses y de sus derechos en Marruecos, ¿por qué esta terminante declaración dióron conocimiento oficial á Inglaterra, cumpliendo así lo preceptado en el tratado franco-alemán de 4 de Abril del mismo año 1904, qué razón hay para entrar en nuevas negociaciones?

Francia y Alemania suscribieron en 9 de Febrero de 1909 una declaración relacionada con Marruecos; creyó Alemania, ó fingió creer, que no se cumplía lo establecido, y apareció en Agadir, surgiendo de esta manifestación los purpales, que, á juzgar por las señas, se terminan en un tratado.

Esta bien es su derecho, está en sus manos, aun cuando sea preciso, como requisito posterior, la adquisición de las naciones congregadas en Algeiras en 1909 y en Madrid en 1909, si se trata de reformar lo referente á los protogidos europeos; pero aparte esta natural y obligada intervención nuestra, en toda lo demás nuestro deber y nuestro derecho es mantener lo existente, sin aceptar rectificaciones, que seguramente nos serían dañosas.

Aunque las luchas que estamos presenciando demuestran que las ideas anarquistas han ascendido de los bajos fondos sociales hasta las más elevadas cimas, y arriba y abajo se proclama por único soberano y señor la fuerza, confirmando así la amarga realidad de aquella frase de Walpole, de que la humanidad es hoy la misma que en la edad de piedra; á pesar de todo esto, que no deja espacio á las ilusiones ni resquebraja para que penetre la esperanza, no creo, no puedo creer que nadie piense en cercenar nuestros derechos y en menguar nuestros prestigios.

Francia, que pensando en Marruecos dejó libre á Italia el camino de Trípoli y á Inglaterra el de Egipto, no ha podido, al tratar con Alemania, olvidar que no en todo el Imperio mogrebino puede establecer el protectorado que anhela y que tan cara le costará si lo alcanza; que hay otros tratados en vigor sancionados por el derecho, robustecidos por la tradición y santificados por la sangre española, que los ha regido cien veces y que los está regiendo al presente y en el futuro.

No tiro porque sería hurtarse á la realidad, que el cambio profundo que en el modo de ser del Imperio marroquí establecerá el nuevo orden de cosas, no debiera ser indiferente, no. Lo que sí afirmo es que ese cambio, que forzosa y necesariamente repercutirá en todo el país, no puede, no debe afectar á nuestros derechos, á nuestros territorios ni á nuestras esferas de influencia.

El tratado francoalemán de 1911 no puede, no debe ejercer influencia alguna sobre nuestros tratados públicos y secretos de 1904 y 1905. Arrostrar una discusión sobre este último, sería por todos conceptos imprudente y peligroso.

Lo único que cabe hacer es usar sobre sólidos cimientos la convención, legal y sincera, de España y Francia en las tierras marroquíes.

Y cuenta que no soy, que no he sido jamás partidario de grandes penetraciones en los laberintos de Marruecos; pero si defendí y defenderé siempre que mantengamos nuestra planta allí, sin extenderla más que aquello que sea estrictamente necesario para que no perezcen por asfixia nuestras posesiones seculares.

El Barón del Sacro Lirio.

En el próximo número publicaremos un artículo de nuestro Director titulado:

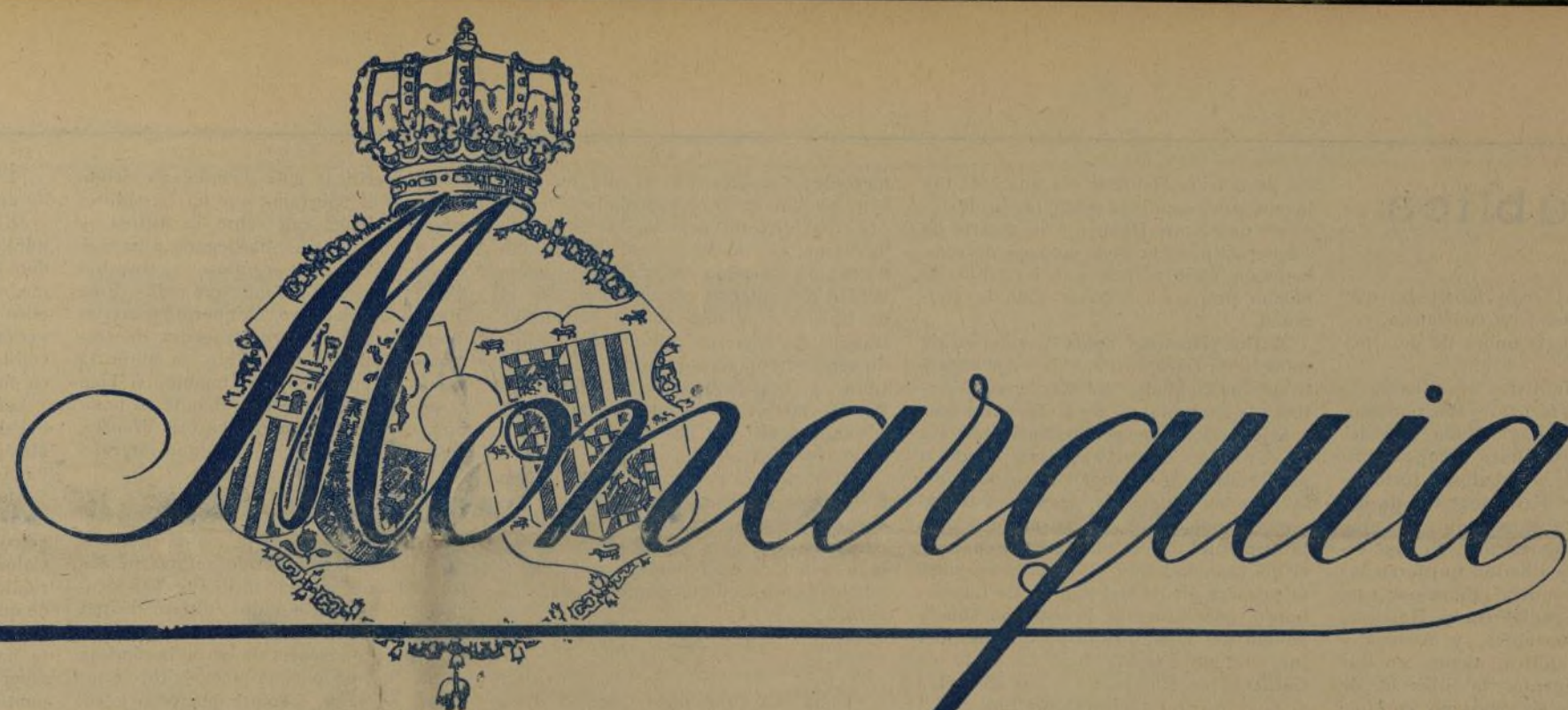
VOY EN BUSCA DEL PUEBLO

Este artículo será el primero de una serie que publicará Benigno Varela para referir á los monárquicos que sólo preocupan del Trono cuando el Rey es repartidor de mercedes.

DULCE MIA!

Linda reina, sol de Abril,
armoniosa flor divina,
mi ideal;
que eres aroma sutil
y eres nota peregrina
de cristal!

Tu voz trasciende á armonía
y en tu cuerpo, tan lozano,
tiene un trono la poesía,
¡Dios bendijo por su mano
tu alegría!
Virtud del Cielo prendió en tus ojos
y los aromas
de los mas lindos cláves rojos
del sagrado de tu alto pecho,
nido de humiles, castas palomas
para milagro de amores hecho.



DIRECTOR PROPIETARIO
BENIGNO VARELA

Madrid 28 de Octubre de 1911.

Toda la correspondencia al Director Propietario.

NUM. 31.

NOTAS MILITARES

MELILLA Y SUS HÉROES

Los días 21 al 30 fueron de una mortificación calumnificante calma: días tras días, y el ejército quieto en sus avanzadas; por las noches, servicio de seguridad, silencio sólo roto por el triste alido del chacal y el seco disparo de algún criminal paco; de día sed de correspondencia y hambres de noticias de España; á las doce los corajones latían más deprisa y todas las miradas se dirigían á Buzanien; por allí viene el convoy, por allí la Prensa, la perfumada carta que trae noticias, besos y esperanzas; el recuerdo del hijo, la bendición de la madre, la oración de la abuela, el consejo del padre, la felicitación del amigo y á veces ¡ayes de pena y lamentos de desgracia!; el hijo se fue, voló al cielo, la madre murió! Ya nuestro labio no volverá á besar su frente, ya no escucharemos su consejo, se fue para siempre.

Llega el convoy, se vende El Telegrama del Rif y algún que otro periódico de Madrid, se reparten las cartas y se toman corcos, se habla de la madre, de la esposa, de la hermana, de la familia, de la patria chica, para luego hacerlo de la España querida, de esa madre adorada y siempre bendita cuyo nombre nos cobija de la cuna al atad y cuyo nombre llega más allá del sepulcro.

Ayer vi un soldado solo, es un hombre; tenía un papel en la mano, y lo miraba más y más; sus lágrimas estaban al saltar; el papel era una carta de su madre y no sabía leer.

Yo le leí la carta, y la verdad, no he visto más ternura; aun hay España, aun vive el corazón herido.

«¡Hijo! decía la carta entre otras cosas...», se hombre, no apures de ná, pelea y si pues derrama tu sangre, que luego ella dará flores benditas que padre reirá desde el cielo y Carmelita se tu madre besará tus cicatrices y será honra de los hijos é tu cara. Pelea cara alante, pecho á pecho, como manda el Rey y la Santísima Virgen y así al volvé te abrazará y querra tu mujé y tu madre; si no...»

Seguía algo grande y, más que grande, sublime para ser escrito por un alpujarreño de sesenta años; el soldado se restaba dos brutas lágrimas, mientras que con voz de gigante me decía tan bajo como un niño: «Mi capitán:...



Nuestro querido compañero, el bravo Capitán de Cazadores de Talía, y el Sr. Orgullo, curando á un herido, en el combate de Itanil.

Si allegamos á los muertos, usted escribirá la contestación á mi madre...»

El día 31 de este mes no se repetía otro nombre que el del infante D. Alfonso; Si Altea tiene cariño cariño en el Ejército, tiene cariño y simpatía, y el Ejército no deja ocasión de testimoniarse su afecto.

El día 4 se puso en marcha y tuvo que marchar á Melilla; en Jaten hizo el servicio á punta de lanza, él el primero en la obediencia, exacto en el servicio, pregonando en todos sus actos amor á



El Capitán D. Antonio Vera, con otros Oficiales de Cazadores, en el campamento de Jatenil.

España, entusiasmo al Ejército y veneración á D. Alfonso, nuestro Rey.

Según los informes que tenemos, no es de gravedad su dolencia; es la aclimatación, y muy en breve tendrá la honra de verle en las avanzadas de Jatenil prestando su servicio y dando ejemplo de entusiasmo y valor.

El día 4 llegó el Excmo. Sr. ministro de la Guerra; su llegada me da que decir tiene que fué un sobredimensionado entusiasmo: el Ejército y representaciones de todos los centros vitales le saludaron y rogaron salidas y expusieron su adhesión y afecto al Gobierno y á la Monarquía.

El día 5 marchó á la posición del Zayo, administrándose el Ministro de la gran extensión de terreno conquistada y ocupada desde Mayo último; antes de ese mes sólo la última indiana podía circular por Ullad-Setud y extremo de Quebdana.

¡Si esas tierras de Bu-Erg pudieran labrarse, qué riqueza supondrían! Acompañado del general Aldave recorrió la posición y contempló la llanura de Zambra, que por el Este y Sud limita el caudaloso río Mulya; allí se presentaron al general Luque los contingentes amigos de Quebdana oriental y los de Ullad-Setud. Al regresar se detuvo en

Y mi vida, dolorida por la soledad amarga será venturosa y larga por donde voy, peregrino, con vivas ansias de amor; que un destello de tus ojos adormidos en pasión apartará los abrojos de mi enfermo corazón.
El corazón está herido por la muerte.
Cúralo, fruto temprano, con el ensueño florido de tu corazón lozano.

A. Vázquez de Sola.

tinuación la alucución que da hoy al Ejército:

«Sras. Generales, Jefes, Oficiales y clases é individuos de tropa: Vengo expresamente, en nombre de S. M. el Rey (q. D. g.), á saludaros en las posiciones avanzadas, muchos testigos de vuestro heroísmo, y á deciros que la Patria, el Rey y el Gobierno están satisfechos de vuestras virtudes militares.

«No es sólo el arrojo la virtud esencial en la guerra; es el estoicismo para resistir rudas penalidades, y vosotros varaqueando día y día, sin más techo que el cielo y sin más cama que el duro suelo y en vela la mayor parte de la noche para repeler ataques del enemigo, estáis dando inequívocas pruebas de que sois dignos descendientes del legendario soldado español.

No he de alentarlos para que prosigan en vuestra inimitable conducta, porque no sois vosotros de raza que desmaye, pero justo será deciros que, cuidadosos del Gópi de vuestra salud y acercando época de lluvias, aquí torrenciales, hemos de resolver el problema con la rapidez que las circunstancias exijan, demostrando á las cabillas enemigas, por

EL GENERAL PEREYRA



General Díaz Pereyra.

El bravo general D. Juan Pereyra y Morante, uno más, que al frente de nuestros valerosos y sufridos soldados, defendien en esa abrupta é intrincada región del Rif los seculares derechos de España, contribuyendo con su prestigio y grandes dotes de mando, á sostener inhiesto el pabellón español, siendo al frente de sus tropas, constituidas por la brigada de Valencia, compuesta por los regimientos de infantería Guadalupe, número 20, y Mallorca, número 13, un continuador de la no interrumpida serie de hechos heroicos que á partir de la campaña de 1909 se vienen sucediendo en esa parte de África, habiendo alcanzado, con su pericia y relevantes cualidades que le adornan, inculcar en todos los elementos que integran las fuerzas de la expresada brigada, ese concepto del deber é interior satisfacción en que tanto se inspira el texto y espíritu de las rígidas y sabias Ordenanzas de nuestro Ejército, así como haber hecho de la susodicha unidad una de las más maniobreras é instruidas tropas del Arma.

Cuando el día 14 del presente mes se efectuó la agresión de los moros contra nuestras posiciones de la derecha del Ker, y en la cual sufrió el ejército y la nación la importante é irreparable pérdida del general Ordóñez, una de las glorias más grandes del ejército, el general D. Juan Pereyra y Morante, que se encontraba en la posición de Imarfen, se hizo cargo del mando de la misma, trabajando con esa acertada disposición repeler la expresada agresión, dictando é continuando las órdenes necesarias para montar los servicios de seguridad ante la posibilidad de cualquier nuevo ataque.

El referido general, que es uno de los más jóvenes y prestigiosos de nuestro Ejército, ha sido con anterioridad al puesto que actualmente desempeña con tanto pundonor y prestigio, jefe en el Ministerio de la Guerra de la Sección de Instrucción y Reclutamiento, desde cuyo destino pasó á mandar la brigada compuesta por los regimientos de Guadalupe y Mallorca, al frente de la cual pasó á África al principio de la presente campaña, habiendo sido, tanto en el desempeño de la jefatura de la indicada Sección del Ministerio de la Guerra como en el actual mando que ocupa, uno de los generales que por su pericia, ilustración y altos dotes de mando, más se han hecho acreedores al justo aprecio y reconocidas aptitudes, de las cuales goza entre todos los elementos del Ejército.

Reciba el distinguido general Pereyra la más sincera felicitación de la Redacción de este periódico, y sirva la misma de feliz mensajera que lleve á su alma el hátilo consolador del agradecimiento de la Patria.

C. Manrique de Lara.

Hoy 6 está el general Luque en Inarfen, y en este momento me dicen se cree que vendrá á esta posición de Yadumen, en la que acampa la segunda brigada.



Diseño de una avanzada de Cazadores. Photo-Louis.

gada de Cazadores, mandada por el bizarro general Orozco el que esta mañana fué llamado para explicar al general Luque la gloriosa acción del 12, conocida en este Ejército por acción de Imarfen. El Ministro se muestra complacido, está contento, se ve satisfecho; he á con-

Se esperan hechos: la impaciencia del que escribe es tan grande como la del Ejército; pronto tendrá la Patria nuevos hechos de gloria; quién sabe si antes de ver estas líneas la publicidad, el telegrama las sensacionales nuevas.

Yadumen-jarcha 6 Octubre 1911.
Antonio Vera Salas.

ELCAPITÁN GENERAL DE MELILLA

Es el general Aldave figura de tal relieve y tan conocida, que sus condiciones y el conocimiento de su valía salieron hace tiempo del círculo de los profesionales militares, trascendiendo al público en general, que ya en él reconoce al jefe que sabe y puede llevar á la victoria á las tropas de la Patria.

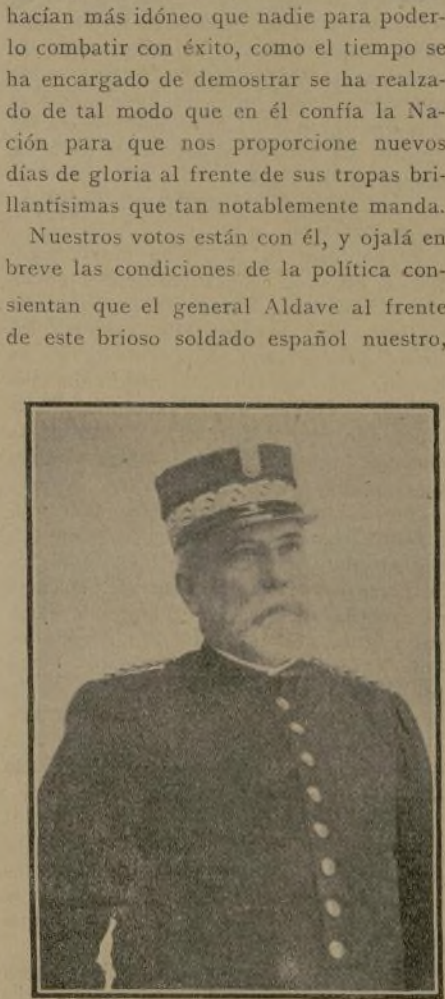
Su inteligencia y sus dotes de mando le hacen capaz para cualquier grande empresa, y así vemos hoy con satisfacción inmensísima, que en las actuales operaciones del Ker, cuando ha encontrado ocasión de evidenciar sus méritos, su previsión, su energía y la brillante concepción de sus planes, secundados de tan admirable manera, que todo elogio es corto, por ese admirado Ejército de África, han hecho añor los proyectos de los enemigos, contándose las acciones por triunfos, los combates por victorias, y siendo ejemplar el castigo impuesto á esas feroces hordas rifeñas por las tropas valerosas que bajo su mando tiene el prestigioso general.

Únicamente se echa de menos allí y se lamenta sinceramente, el que nuestro soldado tras el esmeramiento que indige al contrario, no avance hasta expulsarlo definitivamente de sus madrigueras; pero eso ni es culpa de ellos ni de su candillo razones de gobierno, ponen trabas á la acción desembarazada de las tropas, y todos tienen que frenar la violencia de sus impulsos ante la razón de Estado; pero el día que tengan libertad de acción, España verá hasta donde llega el Ejército con sus jefes al frente.

La modestia excesiva del ilustre general Aldave que seguro de sí propio y poco convencido con sus méritos, repete siempre que puede los clamores de esos fáciles triunfos de opinión, ha hecho en muchas ocasiones que su nombre no llegase al pueblo como era debido por su conocimiento; pero hoy, pese á esa modestia que le perjudica, el relieve de su mando en Melilla, para el que tan bien preparada se encontraba, pue que la gran permanencia en África y su conocimiento del moro por su contacto continuo con él, le hacían más idóneo que nadie para poder combatir con éxito, como el tiempo se ha encargado de demostrar se ha realizado de tal modo que en él confía la Patria para que nos proporcione nuevos días de gloria al frente de sus tropas brillantísimas que un notablemente mandada.

Nuestros votos están con él, y ojalá en breve las condiciones de la política consientan que el general Aldave al frente de este brioso soldado español nuestro, pueda poner su planta y plantar la Bandera más allá del Ker, y en esas feraces vegas de Alhucemas.

Oscar Nevado.



Nuestro queridísimo compañero y Jefe de Redacción, Agustín Martínez Olmedilla, se halla en uno de los instantes más dolorosos de su vida. Su señor padre, el caballero escribano del Juzgado de Instrucción del distrito del Hospicio, D. Pedro Martínez Grande, murió el 22 del actual.

En esta causa, donde todos tenemos para Augusto un fraternal afecto, participamos de su gran dolor. Y sólo le brindamos un consuelo: el de nuestro cariño, que flota con el entrañable camarado.

DON PEDRO MARTÍNEZ GRANDE

Desaparece en la tarde sus rítmicos violines. Una linda melancolía de el brazo á un mosquetero y por la extensa calle poblada de jarambes se elevan, lentamente, la dama y el guerrero. Viben suaves las notas de dulce melodía; la reina de la fiesta con su galán avanza, y en un ambiente cálido de luz y poesía dibujan los primeros flujos de una danza. Rítmico con sus perlas una cinta, los rosales y dejan caer la lluvia camina de sus rosas, que al igual que los bellos y ardientes madrigales prenden en los galanos rostros de las hermosas. El sol muestra un salto detrás de una montaña y muestra en la caída el oro de su broche; la coquevela luna en el lago se baña y anuncia sus reflejos que se acercan la noche.

El silencio ha dejado un beso en los jardines. Pácen, lentamente, la dama y el guerrero y en la culla poblada de rardos y jazmines desde la marquesa al bravo mosquetero.

Diego Quiroz.

VERSALLESA

Desaparece en la tarde sus rítmicos violines. Una linda melancolía de el brazo á un mosquetero y por la extensa calle poblada de jarambes se elevan, lentamente, la dama y el guerrero. Viben suaves las notas de dulce melodía; la reina de la fiesta con su galán avanza, y en un ambiente cálido de luz y poesía dibujan los primeros flujos de una danza. Rítmico con sus perlas una cinta, los rosales y dejan caer la lluvia camina de sus rosas, que al igual que los bellos y ardientes madrigales prenden en los galanos rostros de las hermosas. El sol muestra un salto detrás de una montaña y muestra en la caída el oro de su broche; la coquevela luna en el lago se baña y anuncia sus reflejos que se acercan la noche.

¿Novelista ó notario?... ¡Notario!

MI PLAGIADOR

—¿Ha leído usted las obras de Rafael López de Haro?

—No, amigo Pueyo.

—Pues yo se las voy á dar para que las lea detenidamente. Yo reputo á López de Haro como uno de los novelistas de más enjundia de la generación moderna.

Este diálogo se desarrolló en Abril de 1909, cuando empecé á confeccionar novuchas detestables. Si, lector, si detestables. Te lo digo con mi sinceridad batuta. Desconozco la *novela*. Yo no adopto una bizzarra y original postura para que tú, llevado de la curiosidad, meques mis libros. Pues bien, lector amigo, con la lestra en el corazón, te aseguro que, mis producciones son malas. Pero son bastante más dignas de un piadoso perdón que las confeccionadas por el señor López de Haro.

No imagines, lector, que la envidia conduce mi pluma por veredas rencorosas. No. Siempre prodigué los elogios á los que viven de las cuartillas, en este país donde apenas se lee. Pero, el señor López de Haro, no vive, como nosotros, los pobrecitos de las cuartillas. El Sr. López de Haro tiene una maravillosa notaría en Valdepeñas que le produce pingües rendimientos. Y, el señor López de Haro, ya que no necesita el producto de sus libros para comer un potaje, regala sus obras á los editores. A Pueyo, le regaló el señor López de Haro, ¡SEIS ORIGINALES! Y Pueyo, anda de cabeza por haber aceptado el regalo.

Comprendes ahora, lector, como no puede guiar la envidia estas impetuosidades justicieras de mi pluma? No. El día que don Gregorio Pueyo recorre las librerías madrileñas con una obra del señor López de Haro, coloca veinticinco ejemplares á lo sumo. Y el día que yo saca una de mis obras insustanciales, coloco á Fernando Fe setecientos, á Peroldo, cuatrocientos; á Sáez de Jubera y Victoriano Juárez cien. Y al otro de don Gregorio Pueyo le suelo meter—como clavo, seguramente—quienientos libros de cada novela. ¡Puede yo, por lo tanto, mirar, envidioso, al notario de Valdepeñas que tiene, como sport pueblerino, el de confeccionar folletines para regalárselos magnánimamente á un editor?

No; lo que quiero es romper una lanza, salir por los fueros de la verdad y decir al notario de Valdepeñas: —Con usted, señor mío, tan sólo tuve el honor de cruzar breves palabras en la librería de Pueyo. Usted acababa de terminar *La novela del honor*, manuscrito que, como los anteriores, regaló á don Gregorio. En el curso de la conversación, vi que no mentaban los que tildaban á usted de vanidoso. Tiene usted la vanidad por arrobas. Sr. López de Haro. Y créame, usted. Puede considerarse orgulloso de ser un buen notario. ¡Pero de ser ni siquiera un mediocre novelista!... ¡Siga, siga usted leyendo, señor notario de Valdepeñas!...

Usted compañero ilustre—así acaba de calificarle usted mismo en un suelto de contaduría que remitió á los diarios—, colocó á la Biblioteca Renacimiento una novela que ¡ya, ya! Se titula *Sirena*. Este volumen no me lo dió el Sr. Pueyo. Como usted no le había regalado, el manuscrito le importaba poco á su antiguo editor el que la obra obtuviera un fracaso. Le aseguro á usted, ilustre notario de Valdepeñas, que no pensaba leer su libro, aunque D. Gregorio me lo hubiese donado. No. Después de leer *Floración*, juré y rejuré no leerle á usted en siete lunas. Aquello no es novela de la vida, señor notario. Aquello es una merengada empalagosa.

«Tu alma florece en mí.» Aquellos dos amantes hablan con una cursilería estúpida. No, amigo notario, no. Después de escribir *Floración* es preciso vegetar y *floracer* tan sólo en la Notaría de Valdepeñas. Pero usted tiene una voluntad de roble. Y, á pesar del fracaso de *Floración*, endilgó á Pueyo *La novela del honor*. No puedo hablar de tal obra. No me tomé la molestia de leerla. ¡Me

usted, señor notario?

Pues ¿y cuando usted, señor notario, describe en *Sirena* lo que á continuación copio?

«En los escaparates de las librerías, Edmundo vió sus libros, todos con retratos de mujeres—¡pillín!—en la cubierta; en las cristalerías de los cafés, campeaba su effigie—¡Dios de bondad, hasta en los vidrios!—, y algunos retratos le seguían con la vista, complacidos—¡qué modestia de D. Edmundo!— de reconocer sobre el mismo pavimento, no más alto, al autor famoso. El público le ofreció un tático y anónimo homenaje.»

No, no puedo continuar copiando las sandeces que á Edmundo se le ocurren en sus diálogos con Rosina y Sirena, aquellos diálogos cursis hasta más no poder.

Pero para que sea usted, señor notario, que no le guarde animosidad por haber plagado mi novela *El sacrificio de Mágina*, voy á recomendar la lectura de *Sirena*. No sin antes dar á usted unos consejos. El de que se reduya en su Notaría de Valdepeñas. Y el de que no se dedique al plagio usted; no podrá escribir nunca novela de la vida, señor notario de Haro. Usted ha contemplado á la vida desde Valdepeñas. Ese novelista Edmundo debió dedicarse también al cultivo de la remolacha en cualquier villorrio.

Lector: te recomiendo con toda sinceridad la obra *Sirena*, de D. Rafael López, ilustre notario. Después que la lees, juzga tú al autor y al novelista Edmundo. Después, fíjate. Y te ocurrirá lo que á mí cuando Pueyo me dió *Floración*. Sólo que yo juré no leer á López de Haro en siete lunas. Y tú, después de leer *Sirena*, jurarás no leer las producciones literarias del ilustre notario en toda tu vida.

Benigno Varela.

EL LIBRO DE BENIGNO VARELA

“Cuartillas para mi Rey...”

Se remitirá con un descuento del treinta por ciento á cuantos lo pidan directamente á nuestra Administración.

Edición de lujo, trescientas páginas y ochenta retratos,

TRES PESETAS

CUARTILLAS DE UN MILITAR

Se han suspendido las operaciones en el Ker; nuestras bravas tropas, esos infatigables soldados honra de España que llevan en la sangre, esa sangre que tan generosamente vierten en aquellos campos rifeños, toda la energía y todo el patriotismo de la raza, desfogan sus anhelos de lucha, sus ansias de pelea en razas atrevidas, en rápidas incursiones por el territorio enemigo, llevando en las puntas de sus bayonetas el aislamiento del campo contrario.

Estamos en un período de calma, en espera del buen tiempo, pero las declaraciones oficiales; pero mientras nuestro Ejército domina á duras penas su impaciencia y tarea trancando el freno que le impide castigar mercedamente la osa-

dejó tan escocido *Floración*! Pero la otra noche me dijo un colega en el café: «¿Sabes que López de Haro te plagó de una manera vergonzosa? Lee su última obra, *Sirena*. La Rosina de *Sirena* es tu Mágina. Y Sirena es un retrato de Asunción. *Sirena* es una obra que debe haber sido escrita pensando en tu novela *El sacrificio de Mágina*. Lee, lee *Sirena* y verás.»

Y he leído su obra, Sr. López de Haro. Y ante jurado imparcial sometería la novela de usted y la mía, para que dijese si el asunto de *Sirena* no es el mismo que el de *El sacrificio de Mágina*.

Si, señor notario; si usted metió á la Biblioteca Renacimiento una novela de la vida que usted no vivió, ni siquiera engendró en su mente. La Rosina de su novela es la Mágina de *El sacrificio de Mágina*. A Rosina la sacrificó usted del mismo modo que yo sacrificé á la hija de Asunción. Y Sirena es Asunción. Y el novelista Edmundo—en el que usted, desnoventamente, quiere retratarse—es el Fernando Santaño de mi novela. Sólo que Fernando Santaño no es tan bobalicon como el novelista Edmundo.

Los amores imposibles de Rosina y Mágina, sus muertes iguales, las escenas del jardín, todo, absolutamente todo, casi calado en los dos libros. Y como yo publiqué mi obra *El sacrificio de Mágina* en Octubre de 1909, y usted dió á la publicidad *Sirena* quince meses después, yo someto el caso al buen juicio de los lectores. ¿Que coincidimos en el asunto? No, amigo notario, no. Esa es la salida que tienen todos los plagios. Pero es difícil la coincidencia cuando se escribe lo que se vive. Y los personajes de las novelas de usted, señor notario, son seres de una contortura espiritual que no suelen circular por el mundo.

frente, mientras el grueso de su fuerza envolvía la posición y ejecutaba el ataque efectivo de flanco, en forma tal, que parecía dirigido por habil oficial francés ó haza, por alguien en fin, saturado de los procedimientos tácticos en uso.

Nuestra forzada pasividad continúa, y frente a ella se alza la acometividad del moro de Alhucemas, que nos tira de nuevo, y según declaraciones del Ministerio, se atribuyen a lo largo de la costa para resistir nuestros futuros ataques, acometividad y trabajos de fortificación que parecen excitada la primera y dirigidos los segundos por quien tenga empeño en poner las tropas de nuestro avance africano, por aquellos cuya ambición choque con nuestros derechos.

Siempre estuvo el moro mal armado, siempre fue la mayor de sus dificultades para el combate la escasez de municiones y el inconveniente de su reposición; hoy, afortunadamente para él, no se encuentra con tales obstáculos, pues con armas de las mejores, tira con verdadero lujo de cartuchos, y en los combates de diez y seis horas, y se ha vuelto tan inteligente, tal perfeccionamiento ha sabido introducir en sus elementos de combate, que ya hasta grandes de mano y bombas de dinamita, que nos han sido recientes ataques a nuestras posiciones.

Claro es que todas estas cosas dan pie para que sospechemos de la buena fe y de la lealtad de nuestros queridos aliados los franceses, que en los últimos días, en íntimo contacto con ellos y de propósitos tan encontrados con los nuestros, y más cuando de público se sabe lo sucedido en Uxda, se habla de contrabando de armas provisionales que crean en las tropas francesas y llega hasta nosotros la noticia de las graves medidas adoptadas por el general Touté; pero renace nuestra tranquilidad y se disipan nuestras sospechas cuando vemos al Generalísimo francés desautorizar al Tute, decretar la libertad de los incausados y declarar con esa franqueza característica en él en sus relaciones con España que no ha habido nada de tales contrabandos; ante esto ¿cómo vamos a desconfiar de Francia, que tantas pruebas nos tiene dadas de su benevolencia y del interés grande que por nuestros asuntos, tanto interiores como exteriores, manifiesta siempre? No nos queda otro recurso más que creer en que se ha desarrollado de un modo extraordinario la inteligente agudeza de nuestros contrarios y en que, no sabemos por qué artes mágicas, algún salvaje territorio se ha convertido en un verdadero productor de fábricas de armas y en espontáneo inventor de explosivos.

¿Cómo ha de ser! No resignáremos a tal creencia, y dominando el odio al enemigo oculto que maneja los hilos de esta intriga contra el honor de la Patria y los prestigios del Ejército, hemos de confiar más que nunca en el valor, en la entereza y en el entusiasmo de nuestro heroico soldado, en la idoneidad y en el patriotismo de nuestra brava oficialidad; y ¿cómo no alimentar esta confianza sin vacilaciones ni dudas cuando al frente de unos y otros, compartiendo con ellos las pruebas que nos tienen acostumbrados, vemos esa pléyade lustre de generales que guían al combate a nuestras tropas, siempre ansiosas de luchas que den nuevo lustre y mayor gloria a la bandera española?

Allí está el bravo general Arizón, el meritorio gobernador de Melilla, ayudante eficaz del general Marín en la época difícil del mando de aquel benemérito caudillo, ayudante eficaz del ilustre general Aldeve, ahora, laborando con el fin ostentado en vicerreglar, en el seguimiento de lo llamado de su gabinete de trabajo esa política militar que hace de Melilla un centro digno de admiración y de estudio; así como el general Aguilera, que supliendo sólo por la gloria de tomar parte activa en los peligros al frente de nuestras sufridas tropas, él fue quien planeó y llevó a cabo aquella toma del Gurugi que tan desbordados entusiasmos produjo en España en el anterior período de combates, en 1909.

Allí ha vuelto a él el prestigioso general Aguilera para hacerse cargo de la castigada y gloriosa división que mandó el desgraciado general Ordóñez; el recuerdo de esta heroica víctima de la campaña no era fácil de olvidar por aquellos tropas que tuvieron el honor de servir a sus órdenes, y por el alto mando que, en la elección acertada para nombrar su sucesor, fué ésta, pues el general Aguilera lleva a África con su juventud, su entusiasmo y su valor la memoria de aquellas inteligencias y de aquellas energías llevadas por él a cabo por los territorios de Quebdana en la campaña anterior, operaciones que le acreditaban de hábil y entendido, y que con la admiración le dan la alta categoría de jefe de las tropas que tienen que servir a las órdenes del prestigioso general.

Y allí se encuentra también el general Pereyra, uno de los jóvenes generales hora del generalísimo, y sus conocimientos, que le han llevado por merecimientos propios a ocupar los más distinguidos puestos de su empleo; uno de los leales servidores de la Patria, y de quien, por su ejemplo, se puede decir que se le atribuirá siempre muy alto el nombre de las tropas que mande.

Estos y otros tan prestigiosos como éstos mandan nuestras fuerzas en África; los dirige un generalísimo, el general Aldeve, cuando la política permite la expansión del alma militar, España mirará con más amor todavía a estos hijos suyos que por ella sufren gustosos las inclemencias de los elementos de la campaña, y sus enemigos, tanto los que se les atribuyen como los ocultos, tendrán que rendirse ante la evidencia del triunfo.

EL CULTO A LA PATRIA

En el delirio de la pasión desenfrenada por la gloria, minuciosamente se pesa sobre la nación en los momentos actuales como la loca de plomo, que impide el crecimiento y desarrollo natural y espontáneo de la planta de la verdad pura, sin mixtificación alguna que no sea, en el fondo, una planta exótica, que por la Patria, de cuya planta exótica se lezoñan han de surgir los frutos que han de dar las semillas para nuestra robusta regeneración; en esa furiosa cadena a manera de huracán violento, cadenas a todos los ámbitos de nuestra siempre grande nación; en el revuelto mar de todas esas pasiones desbordadas de patriotismo mal entendido, se nota, sin embargo, algo grande, algo que, en el alma, algo que, a modo de raíz profunda, que en la conciencia, la inteligencia, la ciencia la sociedad, y produce el trastorno y malestar que se observa en el llamado mundo civilizado.

Un poquito de calma y serenidad requebraja el cielo de modernistas idealizadores que nos fatigan; no enagajados nuestros sentidos con ideales idealistas, sensibiles y absurdos.

La imposición absolutista que impera en ciertos elementos avanzados que piden la civilización y libertad; intrínsecos desde hacia algún tiempo de Madrid, que ha dado inestimables pruebas por su sana labor en periódicos y revistas y por sus bien documentados libros de crítica literaria e histórica, de hallarse sobradamente capacitado para formular juicios, aunque éstos, debido a su especial inclinación, no se ajustan a las reglas al uso, diciéndose con acierto de fondo dolor:

—¿Has visto?... ¿Qué desastre!... —¿El qué?— le interrogué a mí vez, muy asombrado por sus súbitas palabras.

—La refundición de la obra de Rojas. —¿Decididamente el Sr. Cabello Lapiedra tiene la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido. —Eres demasiado cruel.

Callamos. Así, en silencio, recorrimos un corto trecho de calle. Las nubes que ennegrecían el cielo se desdichaban en una lluvia. En aquella hora de la noche, y por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Así se muere y así se vive.

Con la crispación de la muerte en los labios dijo el capitán Quintanilla a cuantos le rodeaban: «Así se muere! Y en este momento, en este momento, en este momento heroica hay algo que ahora a los héroes luchadores de la andante española, denodados combatientes que por su Patria y por su Rey tacharon con esplendor la gloria de los inmortales. La última frase del bravo infante español, la última frase de su alma, un alma pura toda para su Patria y prometida para su Rey, de un alma donde el deber y el honor cundieron en amoroso consorcio, de un alma donde la fe alumbró constantemente su recto proceder; y en esa frase, digno broche a una vida compartida calientemente entre el hogar y el cuartel, se percibe la vibración energética de la conciencia, con su disciplina y con su afecto; por su Patria lucha ahora en el Riff brillantemente el mando con su carácter y con su modestia; y al vivir así, por su España, lleva consigo todas las alabanzas de los que conglan en santos ideales, todos los aplausos de los que piensan en su Patria y sienten por su Rey, todos los homenajes de los que corren en el Trono de D. Alfonso XIII en venturas para el porvenir, todo el aliento de los buenos y toda la simpatía de los leales.

«¡Dios quiera que algún día pueda yo servir a mi Patria en campaña!—decía me S. A. R. Don Alfonso de Orleans, en la rúa que con sus ingentes sacrificios de hoy quiere anular las grandezas del ayer a las gratas esperanzas del mañana.

«¡Así se vive!», podemos exclamar ante el patriota don Alfonso de Orleans y Borbón, que está cumpliendo sagrado juramento en las márgenes del Kert; y bien puede aplicarse esta frase al abnegado Príncipe que lleno de amor hacia su Patria, por ella sufre y sufre por las penalidades de la guerra, dejando atrás venturoso hogar, sombreado dulcemente por el amor de una Princesa (la Princesa Beatriz de Sajonia Coburgo Gotha) y por las caricias de su hijo el Príncipe Alfonso Antonio Carlos Felipe Fernando, nacido el 20 de Abril de 1910 y bautizado en la Religión Católica Apostólica Romana.

Por su Patria vive el Príncipe Don Alfonso de Orleans ofreciéndola su vida y arrojando con su espléndido sacrificio las virtudes de otros Príncipes españoles, que al frente de sus soldados ganaron

EL CULTO A LA PATRIA

En el delirio de la pasión desenfrenada por la gloria, minuciosamente se pesa sobre la nación en los momentos actuales como la loca de plomo, que impide el crecimiento y desarrollo natural y espontáneo de la planta de la verdad pura, sin mixtificación alguna que no sea, en el fondo, una planta exótica, que por la Patria, de cuya planta exótica se lezoñan han de surgir los frutos que han de dar las semillas para nuestra robusta regeneración; en esa furiosa cadena a manera de huracán violento, cadenas a todos los ámbitos de nuestra siempre grande nación; en el revuelto mar de todas esas pasiones desbordadas de patriotismo mal entendido, se nota, sin embargo, algo grande, algo que, en el alma, algo que, a modo de raíz profunda, que en la conciencia, la inteligencia, la ciencia la sociedad, y produce el trastorno y malestar que se observa en el llamado mundo civilizado.

Un poquito de calma y serenidad requebraja el cielo de modernistas idealizadores que nos fatigan; no enagajados nuestros sentidos con ideales idealistas, sensibiles y absurdos.

La imposición absolutista que impera en ciertos elementos avanzados que piden la civilización y libertad; intrínsecos desde hacia algún tiempo de Madrid, que ha dado inestimables pruebas por su sana labor en periódicos y revistas y por sus bien documentados libros de crítica literaria e histórica, de hallarse sobradamente capacitado para formular juicios, aunque éstos, debido a su especial inclinación, no se ajustan a las reglas al uso, diciéndose con acierto de fondo dolor:

—¿Has visto?... ¿Qué desastre!... —¿El qué?— le interrogué a mí vez, muy asombrado por sus súbitas palabras.

—La refundición de la obra de Rojas. —¿Decididamente el Sr. Cabello Lapiedra tiene la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido. —Eres demasiado cruel.

Callamos. Así, en silencio, recorrimos un corto trecho de calle. Las nubes que ennegrecían el cielo se desdichaban en una lluvia. En aquella hora de la noche, y por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra, aceptamos la invitación que amablemente nos hacían a sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probabilidad demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrásemos reunidos, entre los que se hallaban, la cabeza como las de las últimas silabas de su segundo apellido, y, por lo desahogado del tiempo, no tuvimos otro remedio para combatir el tedio que recurrirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos tres sujetos, cuyos nombres, por lo equivocado de sus vidas, manchaban los libros. Decidí a matar en el silencio la forma del tedio que sufríamos después de escuchar la